

Día 13 de octubre

CONMEMORACIÓN DE TODOS LOS BIENHECHORES DIFUNTOS DE LA ORDEN

Antífona y monición de entrada

SEÑOR, dales el descanso eterno y alegra su alma con el esplendor de la gloria.

Con esta petición comenzamos la celebración eucarística de hoy en la que toda la Familia Agustiniiana recuerda a sus bienhechores difuntos. El título de bienhechor admite una traducción amplia que abarca a todas aquellas personas que prestan su colaboración material o espiritual para el desempeño de la tarea evangelizadora en las distintas obras que los agustinos y agustinas atendemos. La gratitud se convierte hoy en oración y ejercicio de esperanza en la gracia de la resurrección que Jesucristo ha alcanzado para nosotros.

Acto penitencial

El Señor Jesús, que nos invita a la mesa de la Palabra y de la Eucaristía, nos llama ahora a la conversión. Reconozcamos que somos pecadores e invoquemos con esperanza la misericordia de Dios.

Oración colecta

**Oh Dios, Padre de la misericordia y del perdón,
escucha las oraciones de tu familia,
y concede a todos los bienhechores de nuestra Orden,
que durmieron en Cristo,
el eterno reposo, la paz bienaventurada
y el esplendor de la luz eterna.
Por nuestro Señor Jesucristo.**

Oración de los fieles

Oremos a Dios, Padre todopoderoso, que resucitó a su Hijo Jesucristo del sepulcro, e invoquémosle fielmente por la salvación de los vivos y de los muertos.

- Por la Iglesia santa de Dios, destinada a ser en el mundo testimonio del destino feliz que sobrepasa las fronteras de la muerte: roguemos al Señor.
- Por la paz de las naciones y de los hombres, llamados a la vida verdadera que supera todo dolor: roguemos al Señor.

- Por los que sufren a causa de la aflicción, la angustia, la persecución, el hambre o la enfermedad, para que comprendan que nada puede apartarlos del amor de Dios manifestado en Cristo: roguemos al Señor.
- Por nuestros amigos y bienhechores difuntos, para que descansen de sus fatigas y tengan parte en la resurrección gloriosa: roguemos al Señor.
- Por todos nosotros; para que nuestra esperanza se apoye en los bienes que permanecen y nuestros corazones se abran, cada vez más, a la verdad del Evangelio: roguemos al Señor.

Recuerda, Señor, que tu ternura y tu misericordia son eternas y escucha las oraciones que te hemos presentado; acuérdate de nuestros hermanos difuntos y admítelos a disfrutar de la claridad de tu presencia. Por Jesucristo nuestro Señor.

Oración después de la comunión

**Señor, que nos has alimentado con el Pan de la vida;
haz que, en compañía
de los bienhechores difuntos de nuestra Orden,
podamos conseguir, al término de nuestra vida terrena,
las eternas alegrías del cielo.
Por Jesucristo, nuestro Señor.**

APUNTE HISTÓRICO

La acción apostólica desarrollada por los agustinos y agustinas en el mundo sería imposible sin la colaboración del laicado. Los laicos constituyen, en ocasiones, los mayores activos de nuestra Familia Agustiniiana. Religiosos, sacerdotes y laicos formamos un solo cuerpo que es la Iglesia. El texto de la primera carta a los Corintios 12,12-27, donde san Pablo habla de cómo un único cuerpo tiene distintos miembros, le sirve a san Agustín de apoyo para su reflexión acerca del Cristo total. Nadie ignora la interrelación de los miembros y funciones de su propio cuerpo. San Agustín se expresa así sobre este misterio de unidad: “Los cristianos, juntamente con su cabeza ascendida al cielo, forman el único Cristo. No es que Él sea uno y nosotros muchos: en Él, que es uno, nosotros que somos muchos, somos en realidad una sola cosa. Éste es, pues, el único hombre que en realidad existe: Cristo, cabeza y cuerpo” (*Comentarios a los Salmos* 127,3).

Hoy, nuestra mirada agradecida hacia los colaboradores y bienhechores difuntos de nuestra Familia Agustiniiana se hace oración al Señor de la vida y profesión de esperanza como signo de amor. Ese amor que es más fuerte que la muerte y prolonga, superados los límites del tiempo, la comunión con los seres queridos. “Todos somos prójimos, por la condición del nacimiento terreno; pero también somos hermanos por la esperanza de la herencia del cielo”, escribe san Agustín (*Comentarios a los Salmos* 25, 2, 2).

Nuestra celebración de hoy es profesión de fe en Jesús resucitado –anuncio y garantía de nuestra propia resurrección–, ejercicio firme de esperanza, y sentimiento de gratitud hacia las personas que, antes de pasar de la muerte a la vida, trabajaron gratuitamente con nosotros y nos regalaron su amistad.